

prácticas académicas, supuestos teóricos y nuevas formas de dar cuenta del estudio de lo social: las relaciones entre historia y ciencia política *

ingrid bolívar*, paola castaño † y franz hensel^

*No se escribe porque se tenga algo que decir,
sino porque se tiene ganas de decir algo.*

Emil Cioran

1. introducción

El objetivo de este artículo es analizar las relaciones entre historia y ciencia política. Este análisis puede llevarse a cabo en distintos niveles, desde la pregunta sobre el carácter de cada una de las disciplinas, sus métodos y sus objetos de estudio –pasando por la naturaleza de sus explicaciones- hasta el carácter político de todo trabajo histórico. Si bien se trata de un panorama amplio, en este escrito se explorarán algunos puntos de entrada para la discusión, tomando como base el supuesto del que parte este número especial de la revista *Historia Crítica*, esto es, que se trata de disciplinas distinguibles.

Más que entrar en la discusión sobre el “estatuto ontológico” de esta distinción, es decir, más que preguntarse si corresponden a partes discretas de la realidad, lo que nos interesa es indagar por las relaciones entre estas disciplinas entendidas como “prácticas académicas”. De hecho, en los recientes debates sobre inter y transdisciplinariedad se ha reconocido que las fronteras disciplinares son construcciones sociales sostenidas por las prácticas. Tales debates sitúan el problema en el diseño de formas institucionales que permitan problematizar y superar dichas barreras¹.

En efecto, estos enfoques insisten en que las disciplinas “no son cosas sino procesos abiertos y que en la práctica de una «buena ciencia» las fronteras disciplinares no parecen haber sido más que las excusas institucionales y gremiales para tener una puerta de entrada a una práctica que, afortunadamente, las supera en su pretensión fundacional”². Desde nuestra perspectiva, se trata de una discusión central por cuanto pone de manifiesto una problemática

* Artículo recibido en noviembre de 2003; aprobado en enero de 2004.

† Politóloga e historiadora. Investigadora del CINEP y del Instituto Pensar, Universidad Javeriana.

† Politóloga e historiadora de la Universidad de los Andes.

^ Politólogo. Investigador del Instituto de Estudios Históricos, Universidad Externado de Colombia.

¹ “Derrumbar las paredes de estas cárceles exige reconocer su existencia, las razones de su existencia y el proceso paralelo de legitimación y descalificación”. ROSALIND, Boyle, “Formaciones intelectuales emergentes: el posicionamiento de las universidades y de las culturas regionales en una era poscolonial”, en FLÓREZ-MALAGÓN, Alberto, MILLÁN DE BENAVIDES, Carmen (editores), *Desafíos de la transdisciplinariedad*, Bogotá, Instituto Pensar, Pontificia Universidad Javeriana, 2002, p. 114.

² FLÓREZ-MALAGÓN, Alberto, MILLÁN DE BENAVIDES, Carmen, *op. cit.*, p. 4.

que la actual organización social del conocimiento tiende a dejar fuera de debate: el vínculo entre construcción de conocimiento y condiciones institucionales de la actividad académica. Es necesario entonces recordar que el carácter socialmente construido de una barrera disciplinar no hace de ella algo artificial o carente de consecuencias. Por el contrario, tal barrera expresa la realidad y la fuerza de las diferenciaciones disciplinarias.

En este escrito no son objeto de atención las razones por las cuales dichas fronteras fueron establecidas, su génesis socio-histórica, o la necesidad de superarlas. Aquí damos por sentada la distinción institucional entre ciencia política e historia, la cual se reproduce bajo la forma de “departamentos universitarios, programas de instrucción, grados, títulos, revistas académicas, asociaciones nacionales e internacionales e incluso clasificaciones de biblioteca”³.

A partir de estos señalamientos, el artículo construye un conjunto de problemas desde los cuales se puede trabajar la relación entre ciencia política e historia. El texto está dividido en cinco secciones. La primera, presenta una breve caracterización de la ciencia política, insistiendo en que en ella convergen distintos tipos de estudio y en que sólo algunos de ellos tienen pretensiones de científicidad. Tal cuestión resulta importante, porque permite situar el lugar que se asigna a la historia en la constitución de la disciplina y en sus principales tendencias. El segundo aparte del escrito problematiza el uso que la corriente principal de la ciencia política hace de la historia, a partir de la reseña de un artículo que discute ese tema en una de las revistas especializadas más consultadas por los politólogos.

La tercera sección explora, de manera esquemática, la forma en que la historia usa algunas categorías centrales de la ciencia política. Además, toma el problema de la formación de los estados modernos para reseñar algunas discusiones sobre la naturaleza de la explicación histórica y sobre el “estatalismo” característico de las ciencias sociales. El cuarto acápite del texto se pregunta por la comprensión de la política que predomina en la llamada “historia política”. Con tal propósito ubica algunas de las discusiones que al respecto han promovido los historiadores de la escuela de los *Annales* y comenta un trabajo historiográfico sobre la historia política colombiana. En la última sección se recogen los planteamientos de algunos sociólogos e historiadores para mostrar que ciencia política e historia tienen en común la necesidad de construir unos métodos que permitan acceder a procesos sociales que aparecen como productos del azar, la contingencia o sencillamente lo “no racional”.

Al lado de esta presentación sobre el contenido del texto, es importante señalar que se trata de un trabajo exploratorio y fragmentado. Más que una discusión completamente armada sobre los vínculos entre historia y ciencia política, el texto construye un conjunto de problemas y explora en ellos los supuestos con los que se relacionan las dos disciplinas. Esta aclaración es importante pues, tal como lo ha señalado Pierre Bourdieu, “El *homo academicus* aprecia mucho todo lo que es acabado. Al igual que los pintores ramplones, elimina de sus trabajos las pinceladas, los toques y retoques”. Al referirse al trabajo de algunos grandes pintores, Bourdieu comenta que “en muchas ocasiones echaron a perder sus obras al darles la última mano exigida por la moral del trabajo bien hecho, bien acabado, de la cual la estética académica era la expresión”⁴. Si bien al trabajo le falta esa “última mano”, logra construir un

³ WALLERSTEIN, Immanuel, “El legado de la sociología, la promesa de la ciencia social”, en *Conocer el mundo Saber el mundo. El fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI*, México D.F., Siglo XXI, 2001, p. 251.

⁴ BOURDIEU, Pierre, WACQUANT, Loïc, *Respuestas por una antropología reflexiva*, Barcelona, Grijalbo, 1995, p. 65.

2. ¿una ciencia política?: subcampos y pretensión de “cientificidad”

La discusión sobre las relaciones entre estas dos disciplinas no ha sido abordada sistemáticamente por ninguna de ellas, lo cual representó una dificultad en la elaboración de este texto⁵. En el caso de la historia, el debate clásico ha girado en torno a sus relaciones y diferenciaciones con respecto a la sociología, y más recientemente se ha dado lugar a una interesante discusión con la antropología⁶. Pero en el caso de la ciencia política, identificar tales debates resulta más complicado, debido a que es un campo de estudios que está abierto a varias aproximaciones y en el que convergen estudios de distinto tipo. En este sentido, habría que identificar qué vínculos y conflictos con distintas disciplinas caracterizan a cada subcampo.

En efecto, la ciencia política frecuentemente es vista como una disciplina de “préstamos”. Quienes la ven desde afuera reparan en su heterogeneidad y eclecticismo como una debilidad, mientras que quienes la practican la ven como una fortaleza. Pero, más allá de esto, lo que resulta central es que ni la discusión a propósito de “el” o “los” métodos distintivos de la disciplina ni sobre la naturaleza de las explicaciones que ella puede dar sobre la política generan mayores preocupaciones entre los politólogos. Esto contrasta con la frecuente discusión entre algunos historiadores acerca de la naturaleza de sus explicaciones y el estatuto epistemológico de la apelación al pasado.

Una revisión de los manuales de ciencia política, así como de los programas de pregrado y posgrado revela un panorama claro: la disciplina no aparece como un todo, sino que reúne distintos tipos de estudio. Entre ellos se encuentran principalmente la filosofía política (teoría política, historia de las ideas políticas); la política comparada (regímenes políticos, procesos de democratización, transiciones y cambio político); las relaciones internacionales (teoría de las relaciones internacionales, política internacional, política exterior y organizaciones internacionales); los estudios sobre las instituciones políticas (Estado, gobierno, partidos políticos, administración pública) y los estudios electorales (representación política, participación, grupos de presión, sistemas electorales), entre otros temas.

Aunque el asunto de los subcampos no es exclusivo de la ciencia política, sí es particular en ella que, en el carácter unificador de su nombre, se tienda a desconocer que sólo algunas de

⁵ Aunque los tres autores hemos adelantado estudios de pregrado en Historia y Ciencia política, nuestros campos y perspectivas de investigación no forman parte de los marcos predominantes de ninguna de las dos disciplinas, razón por la cual no hemos enfrentado mayores obstáculos o impedimentos para desplazarnos entre los conceptos y las preguntas de una u otra. En tanto politólogos e historiadores, compartimos una preocupación por la crítica de las categorías con que se hace ciencia social. Los distintos trabajos que hemos adelantado están cruzados por esa preocupación. La elaboración de este artículo hizo evidente para nosotros nuestra propia condición de “extrañeza” en cada una de las disciplinas y de ahí nuestra dificultad para identificar las “discusiones”, los “conflictos” o simplemente “las relaciones” entre la ciencia política y la historia. Por esta razón, es posible que a lo largo del texto algunas de las críticas que hacemos a la ciencia política puedan “aplicarse” a la historia y a cierto tipo de conocimiento producido en general por las ciencias sociales.

⁶ Ver, por ejemplo, ELÍAS, Norbert, *La sociedad cortesana*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1991; LE GOFF, Jacques, “¿Es todavía la política el esqueleto de la historia?”, en *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente Medieval*, Barcelona, Gedisa, 1996, p. 168; BURKE, Peter, *Historia y teoría social*, México D.F., Editorial Mora, 1997.

sus áreas tienen pretensión de cientificidad. En este sentido se orienta Nevil Johnson⁷, al distinguir entre “ciencia política” y “estudios políticos”. Distinción que suele colarse en ciertas caracterizaciones de lo politológico como aquello a lo que se puede acceder o, por lo menos, aquello que se estudia siguiendo un método “científico”⁸. De ahí que, como veremos más adelante, los subcampos predominantes en la disciplina sean aquellos que han implementado métodos y técnicas de investigación reconocidos en campos como la psicología y la economía.

Resulta importante insistir en este carácter altamente diferenciado de los estudios que se recogen como “ciencia política” porque desde ahí se hacen visibles las distintas relaciones que los subcampos tienen con diferentes disciplinas. Así, por ejemplo, en el caso de la teoría política es central la relación con la filosofía y la sociología; en los estudios electorales con la economía (recientemente con las perspectivas de elección racional) y con la psicología (particularmente con los marcos analíticos conductistas). Por su parte, los estudios de gobierno y de instituciones políticas retoman algunos elementos del análisis sociológico del derecho, mientras los estudios de política comparada y de relaciones internacionales incorporan desarrollos de la sociología, la teoría jurídica y recientemente la economía.

A pesar de este carácter heterogéneo de los estudios agrupados como ciencia política, es indudable que su emergencia e institucionalización como campo académico reconocido están ligadas al predominio de la escuela estadounidense. Cuando se habla del predominio de esta escuela se está aludiendo a la “corriente central”, constituida principalmente por lo que autores como Philip Abrams⁹ denominan la sociología política norteamericana (Gabriel Almond, David Easton, y Talcott Parsons). Para este autor, el problema fundamental de dicha corriente radica en que tiende a dar por sentado al Estado¹⁰ como objeto de estudio, dejando de lado la pregunta por qué es el Estado. Abrams plantea que tal dificultad parte de la forma misma en la que la sociología política se ha estructurado: surge de la escisión entre lo político –entendiendo lo político solamente como el Estado– y lo social.

Así, por un lado, la caracterización que predomina en la sociología política tiende a privilegiar las funciones ordinarias del Estado. Se dispone, inclusive metodológicamente, a estudiar *inputs* y *outputs*, coordinación de subsistemas, roles e intercambios, olvidando que la pregunta por el Estado mismo no se agota en la pesquisa por sus funciones ordinarias. Por otro lado, la escisión entre lo político y lo social tiende a diluir lo político en lo estatal y hace que se circunscriba el estudio de lo político a los dominios exclusivos de funcionamiento del Estado, sus intermediarios, o a los intercambios que el Estado mismo entabla con aquello que sería la “sociedad”.

Esta escuela encuentra su origen en el período de entreguerras en los Estados Unidos, y uno

⁷ JOHNSON, Nevil, *Los límites de la ciencia política*, Madrid, Editorial Tecnos, 1991.

⁸ En nuestro medio, esta distinción ha sido utilizada por Gabriel Murillo y Elizabeth Ungar para caracterizar la diferenciación entre “estudios políticos” y la “investigación disciplinar”. Esto se pone en términos de la bifurcación, que se constata a partir de la década de los setenta, entre “estudios politológicos en sentido estricto” (como los que se hacían en la Universidad de los Andes) y los “estudios políticos de corte interdisciplinario”, de los cuales el CINEP y el IEPRI eran “claros exponentes”. MURILLO, Gabriel, UNGAR, Elizabeth, “Evolución y desarrollo de la ciencia política colombiana: un proceso en marcha”, en *Revista de Estudios Sociales*, Número 4, agosto de 1999, p. 38.

⁹ ABRAMS, Philip, “Sobre la dificultad de Estudiar el Estado”, en *Journal of Historical Sociology*, Volumen 1, Número 1, marzo 1998, p. 84.

¹⁰ La minúscula aquí es intencional. Para Philip Abrams, el “Estado” (con mayúscula) contribuye a reificar la imagen del estado como un agente concreto y diferenciado de la trama social; en *op. cit.*, p. 85.

de sus principales exponentes en Charles Meriam de la Universidad de Chicago. Meriam denominaría más tarde el período inicial de la ciencia política como la “fase observadora”, donde los métodos de observación y encuesta aparecían como los únicos capaces de identificar y cuantificar conductas en la vida política. Este carácter conductista fue entonces decisivo en la constitución de la disciplina, siendo los campos de estudio privilegiados los análisis de votación, el comportamiento legislativo y la dinámica electoral. Fue desde aquí que se planteó la apuesta por implantar a la ciencia política como una disciplina diferenciada.

Lo que está en juego en estos marcos fundacionales de la disciplina –que aún hoy son predominantes– es un claro afán de “cientifización”. Afán que, recogiendo lo dicho previamente, se evidencia en varias dinámicas: primero, en la pretensión de conferir estabilidad al objeto de estudio. Esto es, demarcar de una vez y para siempre el campo de “lo político” al diferenciarlo de lo social y diluirlo en lo estatal. Segundo, en la preocupación por las técnicas de recolección y análisis de datos. Tercero, en la búsqueda de regularidades en el comportamiento de los sujetos como actores políticos, electores, miembros de instituciones políticas. Y cuarto, en la pretensión de encontrar los modelos para la realización de lo anterior en disciplinas que aparecían más formalizadas, como la economía y la psicología.

La importancia del conductismo en la institucionalización de la disciplina queda más clara al recordar que los estudios de comportamiento se orientaban a hacerlo más predecible, más controlable. Por esa vía se esperaba que la nueva ciencia política pudiera servir como un arma para animar la resolución práctica de problemas, la educación civil y la reforma social e institucional. Frente a esas apuestas, la historia tenía poco que ofrecer a la naciente disciplina. Precisamente la historia aparecía como aquello que se debía cambiar.

3. ¿por qué la ciencia política necesita a la historia?: la versión del politólogo

Con base en esta breve caracterización de la corriente principal de la disciplina, es posible hacer la pregunta sobre aquello a lo que se alude frecuentemente “desde” la ciencia política cuando se habla de historia. Dennis Kavanagh, en un artículo titulado “¿Por qué la ciencia política necesita a la historia?”¹¹, ofrece una serie de perspectivas que resultan reveladoras de los supuestos desde los que la corriente principal de la ciencia política se acerca a la historia. La razón por la cual este texto merece una mirada cuidadosa es porque no se trata de una voz aislada. Más bien, evidencia de forma sistemática una serie de referentes tácitos que se actualizan en distintos espacios de la disciplina.

El artículo de Kavanagh da cuenta de cinco áreas en las cuales la historia “ha enriquecido” el estudio de la política. La primera de ellas alude a la historia como un material de “fuente”; en otras palabras, como proveedora de “información” sobre el pasado. En segundo lugar, la historia “puede ayudar a una mejor comprensión de procesos, instituciones y actores políticos que están constituidos por tipos de comportamiento que perduran en el tiempo”¹². La historia aparece aquí como aquella que permite demostrar los lazos entre el presente y el pasado a través de continuidades en el comportamiento. El énfasis en los comportamientos que perduran en el tiempo es, como se dijo antes, una de las puertas a la “cientifización”. En efecto, lo observable y medible son los comportamientos, con mayor precisión, los comportamientos recurrentes. La historia puede informar a propósito de tal recurrencia.

¹¹ KAVANAGH, Dennis, “Why Political Science Needs History”, en *Political Studies*, Volumen XXXIX, Número 36, 1991, pp. 479-495.

¹² *Ibid.*, p. 487.

En tercer lugar, el estudio de la historia también permite “verificar la amplitud y consistencia de los esquemas de interpretación surgidos de análisis teóricos o metateóricos”¹³. Aquí el politólogo “iría a la historia” –en tanto relato de un proceso, en tanto fuente– para verificar. El autor se pregunta entonces sobre los criterios para elegir los casos por verificar y su respuesta está referida al método de la diferencia. Esto es, a la comparación de experiencias en las cuales un fenómeno ocurre con aquellas en las que no; y luego el aislamiento de algunas similitudes.

En una cuarta área, la historia también puede colaborar en la comprensión de los conceptos políticos, mostrando distintas situaciones y lugares en que se pueden aplicar a partir del contexto en el cual fueron producidos. El eje desde el que se caracteriza a la historia aquí es como proveedora de un “contexto” que opera como un medio de análisis de conceptos políticos. Por último, la historia puede ser vista como una fuente de lecciones para las elites por cuanto permite identificar algunas instrucciones y aprender de experiencias del pasado, exitosas o fracasadas. La historia ofrecería entonces la perspectiva que impediría cometer “errores” en el presente a partir de los ejemplos y contraejemplos del pasado.

Es claro que esta visión –que fundamenta los lazos entre las dos disciplinas en la idea de que la historia contribuye a la ciencia política como “cuerpo de conocimiento”– resulta profundamente restrictiva y da por sentado elementos que son precisamente objeto de cuidadosa reflexión por parte de algunos historiadores. Así por ejemplo, en la versión del “aporte” que la historia le hace a la ciencia política según Kavanagh se ignoran la problemática correspondencia entre la historia como objeto (como pasado) y como conocimiento de ese pasado; el carácter y la naturaleza de dicho conocimiento; el problema de las continuidades y las discontinuidades; y la visión del contexto como “antecedente”, entre otros problemas.

Eso que para Kavanagh y para muchos politólogos aparece sólo como “contexto” y como “información” es algo que en el trabajo del historiador no puede darse por sentado tan fácilmente. La idea de “contexto” puede discutirse mostrando que tiende a disociar unos objetos, de los que se ocuparía la explicación, de otros que se suponen como estables y que sólo estarían ahí como “telón de fondo” o como algo accesorio. Pero aquello sobre lo que habría que preguntarse es por las relaciones entre unos y otros, y por la forma en que se actualizan en un espacio social determinado. Parece que al contexto se remitiera todo aquello que no se ajusta a la delimitación que se hace de un problema y que apelando a él se evita la tarea de definir el carácter de las relaciones entre los fenómenos estudiados. En el trabajo del historiador, sí hay una preocupación manifiesta por hacer visibles estos vínculos.

De igual manera, la historia claramente no es una proveedora de datos transparentes sobre el pasado. Este es un punto importante por cuanto para todas las disciplinas es evidente que un objeto dotado de “realidad social” no equivale a un objeto de conocimiento. Entre conocimiento y realidad social existe la mediación no sólo de las categorías sino de las prácticas y las relaciones de poder, las cuales son constitutivas de las configuraciones epistémicas de una época¹⁴. Así, aquello que con tanta tranquilidad llamamos “realidad” o, en el caso de la historia, “el pasado”, no es un “algo” dado de antemano, que sea “estudiable” en sí. Sólo se convierte en objeto de atención a través de una interpretación, un objetivo y una expectativa.

¹³ *Ibid.*, p. 490.

¹⁴ FOUCAULT, Michel, *Saber y verdad*, Madrid, Ediciones La Piqueta, 1991, p. 23

Nuevos referentes problemáticos son constantemente convertidos en objetos de reflexión histórica, y esto no es simplemente resultado de la forma en que los científicos sociales y los historiadores finalmente “se dan cuenta” de problemas que siempre estuvieron ahí, esperando ser estudiados, sino que éstos son el correlato de distintos tipos de transformaciones sociales. Como lo han señalado varios autores, entre ellos Michel Foucault, no hay tal cosa como objetos de estudio en sí, sino objetivaciones contingentes de prácticas sociales.

El reciente interés por hacer la historia de distintos grupos humanos particulares, por ejemplo, no puede ser entendida sin reparar en la serie de procesos que han hecho posible y más aún deseable el que las distintas agrupaciones sociales “expresen” y configuren su historia, su identidad. Así las cosas, la apelación a la historia como fuente de información y proveedora de datos del pasado ignora que ella no se ocupa del estudio y la representación de algo que de pronto “aparece”, sino que tiene un claro poder de objetivación frente a determinados ámbitos temáticos.

El conocimiento histórico no es entonces un simple vehículo para representar “el pasado”, sino que resulta constitutivo de esa idea de pasado. Al respecto, resulta pertinente resaltar dos dinámicas: en primer lugar, la emergencia de nuevas problemáticas en la producción historiográfica; y, en segundo lugar, la apelación al pasado en ciertos procesos políticos. Sobre lo primero, puede recogerse la discusión que Eric Hobsbawm hace sobre la “Historia desde abajo”¹⁵. El autor recuerda que sólo se puede hacer “Historia desde abajo”, desde el momento en que empieza a preocuparnos lo que la “gente corriente” hace frente a ciertas decisiones o en determinados acontecimientos. Sin embargo, tendemos a olvidar que tal pregunta sólo se hace posible hoy que echamos de menos la participación de tales grupos en la vida política institucional y que nos hemos acostumbrado a pensar en que cada miembro de un colectivo tiene derecho y capacidad de participar. Tal idea es, por decir lo menos, exótica e ignora de manera rampante el hecho de que “la gente corriente” tiende a convertirse en un factor importante en la toma de decisiones recientemente y sólo frente a ciertos temas y en ciertas experiencias.

En segundo lugar, está la forma en que la apelación a la historia se convierte en la base de las reivindicaciones de diversos grupos sociales: la “explosión” de sujetos y la pluralidad de nuevos actores, se traduce en demandas de representación histórica. Así, la apropiación de un pasado provee un sentido de legitimidad que otorga derechos e incluso privilegios en el mundo político institucional. Se trata entonces de una problemática que deviene simultáneamente objeto de conocimiento y espacio de lucha política y, al mismo tiempo, revela cómo las conexiones entre la ciencia política y la historia no se restringen a un vínculo utilitario en términos de “insumos de información” y “datos contextuales” de la primera con respecto a la segunda, como insiste la propuesta de Kavanagh.

4. los usos de las categorías y la naturaleza de las explicaciones

Una vez se entiende que los límites entre las disciplinas no son ontológicos ni meramente epistemológicos, no puede decirse que ciertas categorías sean patrimonio exclusivo de la ciencia política. Sin embargo, al prestar atención al carácter de esta disciplina como práctica académica, se hace claro que puede establecerse un mapa de categorías construido sobre la

¹⁵ HOBBSAWM, Eric, *Sobre la historia*, Madrid, Editorial Crítica, 1998, pp. 205-220.

base de los programas de estudio, los libros que han sido elevados al estatuto del canón⁵²o los temas centrales en los congresos, entre otros factores. Se trata principalmente de los conceptos de gobierno, sistema político, régimen político, democracia, legitimidad y Estado.

A pesar de la insistencia desde la ciencia política en consolidar una cierta tradición científica, puede decirse que las categorías con las que más asiduamente trabaja no son objeto de reflexión de buena parte de los estudios históricos. Al apelar a algunas de ellas, éstas aparecen desprovistas de toda problematización, y se les da un uso que no repara en su especificidad y en el tipo de procesos de la vida social que les dio lugar.

Estas dificultades se manifiestan en distintos campos. Por citar sólo un ejemplo, en el acercamiento a colectividades de muy antigua data uno de los problemas centrales está dado por la caracterización de los tipos de organización política. Frecuentemente, se definen estructuras políticas usando términos como democracia, Estado, gobierno, legislación. Este problema de las categorías puede evaluarse en dos niveles: el primero, que es el más general y que es objeto de atención por parte de la historia, revela una tensión clara con respecto a las formas de conocer el pasado desde las configuraciones de pensamiento del presente. En otras palabras, se trata del anacronismo en el uso de los conceptos. Hablar de las sociedades democráticas del octavo milenio antes de Cristo, o de las políticas estatales para referirse a sociedades nómadas que existieron hace más de cinco mil años¹⁶, lo que revela es una noción difusa y genérica de la idea de “democracia” y de “Estado”, más que un uso teóricamente informado del concepto.

El segundo nivel, más específico, es el que atañe directamente a la ciencia política y a sus dificultades de aparecer como una disciplina con un arsenal conceptual formalizado y diferenciado frente a otros campos del saber. En la construcción del trabajo histórico, no parece ser una obligación conocer las discusiones en torno a algunos de estos conceptos. Esto, en claro contraste con lo que ocurre frente a otras disciplinas, como es el caso de la economía, donde se ha desarrollado un intercambio mucho más informado y una crítica conjunta entre economistas e historiadores sobre los métodos para estudiar procesos económicos en distintas sociedades, incluyendo las precapitalistas¹⁷. Aquí es necesario insistir en que no se trata de defender los “stocks” de conocimiento producidos por disciplinas distintas, sino más bien de aclarar y discutir el tipo de herramientas a partir de las cuales es posible desarrollar un determinado trabajo histórico.

Otro espacio en el que se puede observar con claridad el tipo de relaciones entre la ciencia política y la Historia es el referido a la formación del Estado moderno. En efecto, el denominado “método histórico” fue recogido a fines de los años sesenta por el Comité de Política Comparada que fundara Gabriel Almond y que tuvo una enorme influencia en el desarrollo de la ciencia política. Una de las principales iniciativas condujo a una conferencia en 1971¹⁸, que dio origen al libro de la serie de Estudios de Desarrollo Político, compilado por Charles Tilly, *The formation of National States in Western Europe*¹⁹. De igual manera,

¹⁶ Ver, por ejemplo, GOUDSBLOM, Johan, JONES, Eric, MENELL, Stephen, *The Course of Human History. Economic Growth, Social Process, and Civilization*, Nueva York, M.E. Sharpe, 1996.

¹⁷ CARDOSO, Ciro, PÉREZ, Héctor, *Los métodos de la Historia*, Barcelona, Editorial Crítica, 1999 (edición original: 1976).

¹⁸ Ver HUNEEUS, Carlos, LANAS, María Paz, “Ciencia política e Historia. Eduardo Cruz y el Estado de Bienestar en Chile”, en *Historia*, Santiago de Chile, Número 25, 2002, pp. 151-186.

¹⁹ TILLY, Charles, ARDANT, Gabriel (compiladores), *The formation of National States in Western Europe*, Princeton, Princeton University Press, 1975. Este libro contiene estudios históricos de politólogos como S.E. Finner, Stein Rokkan y el propio Tilly.

los manuales de ciencia política tienden a dedicar un capítulo a este problema. En uno de ellos, el editado por Rafael del Águila, la pregunta por el proceso de formación del Estado se plantea en términos de “los orígenes históricos, la genealogía, y los precedentes del orden estatal”²⁰. Aquí se establece que la estatalidad es el “tema estrella” de la ciencia política y que el conocimiento histórico le puede “ayudar a esa disciplina a deslindar lo que en las actitudes políticas de una determinada sociedad expresa lo tradicional y lo heredado, en contra de lo que sería novedoso y supone un cambio”²¹. La historia aparece entonces confundida con la pregunta por los orígenes y los precedentes, como si desde ellos se definiera la trayectoria particular que podrían asumir los fenómenos sociales.

La forma de organización política que supone el Estado moderno aparece en estos marcos de la disciplina como la culminación de un recorrido histórico que, leído de forma casi teleológica, parece revelar que el Estado es el resultado de un desarrollo “normal” o de una “necesidad” inexorable. El problema se desplaza entonces hacia otro nivel. Esto es, la naturaleza de la explicación histórica que está en juego aquí. Distintos autores que reflexionan sobre el oficio del historiador, entre ellos Eric Hobsbawm, han señalado que es sólo de modo retrospectivo que puede resolverse la cuestión de la inevitabilidad histórica, “e incluso entonces sólo como tautología: lo que sucedió era inevitable, porque no sucedió nada más; por tanto, las otras cosas que podrían haber sucedido tienen una importancia puramente teórica”²².

Así, algo que es objeto de reflexión epistemológica para una disciplina (el carácter teleológico de la reconstrucción histórica) es tomado por otra como un supuesto que no merece mayores discusiones: si la ciencia política asume que el Estado no es algo inevitable, y que la dominación estatal no es el único destino posible de la vida social, se ponen en cuestión muchas de sus categorías. Se trata de un punto central en tanto que, como hoy sabemos, gran parte de las herramientas construidas en las ciencias sociales dan por supuesta una sociedad estatalizada y pacificada.

La relación entre las ciencias sociales y el Estado ha sido objeto de preocupación en los debates recientes. Se ha mostrado que “el nacimiento de las ciencias sociales no es un fenómeno aditivo a los marcos de organización política definidos por el Estado, sino constitutivo de los mismos”²³. Por su parte, el informe de la Comisión Gulbenkian señala como parte de su proyecto de “abrir” las ciencias sociales la necesidad de superar el *estadocentrismo* que las ha marcado desde el siglo XVIII²⁴.

El recorrido anterior nos deja ver que las relaciones entre la ciencia política y la historia no pueden partir del supuesto de que una disciplina tiene un repertorio de categorías listo para ofrecer a la otra. Más bien, exige que ambas reconsideren el proceso de producción de sus categorías y las explicaciones que construyen sobre ciertos fenómenos de la vida social.

²⁰ DE GABRIEL, José Antonio, “La formación del Estado moderno”, en DEL ÁGUILA, Rafael, *Manual de ciencia política*, Madrid, Editorial Trotta, 1997, p. 37.

²¹ *Ibid.*, p. 39

²² HOBBSAWM, Eric, “Marx y la Historia”, en *Sobre la Historia*, Barcelona, Editorial Crítica, 1998, p. 167.

²³ CASTRO-GÓMEZ, Santiago (editor), “Introducción”, en *La Reestructuración de las Ciencias Sociales en América Latina*, Bogotá, Colección Pensar, 2000, p. xxviii.

²⁴ Ver WALLERSTEIN, Emmanuel (coordinador), *Abrir las Ciencias Sociales. Informe de la Comisión Gulbekian para la reestructuración de las ciencias sociales*, México, D.F., Siglo XXI, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 2001.

5. lo político en la historia política: ¿cómo interrogar el orden social?

Otro nivel que permite identificar algunos de los supuestos desde los que se relacionan estas dos disciplinas es el referido a la forma en que historia concibe a la política, lo cual se puede examinar en el tipo de estudio que se desarrolla bajo el rótulo de “historia política”. Tal rótulo sugiere una pregunta: ¿qué tipo de historia hacemos cuando hacemos historia política y qué forma de comprender lo político revela esta particular forma de hacer historia? Para trabajar esta pregunta se revisa parte de la discusión que al respecto ha sido promovida por la escuela de los *Annales*, y se muestra la tendencia de la historiografía colombiana a reducir la historia política a la historia de las administraciones y los personajes de la vida política nacional.

Como “historia política” solían clasificarse los trabajos que se ocupaban de la reconstrucción de las acciones de los distintos gobiernos, sus personajes y principales logros. A pesar de las muchas críticas que se le pueden hacer a este tipo de estudios, es necesario recordar que en el siglo XIX se pensaba que el trabajo histórico era ordenar los hechos a partir de las fuentes y que estas “daban razón de sí mismos y de sus relaciones... El historiador debía desaparecer tras las bambalinas de unas reglas conocidas de crítica documental. A lo sumo su misión era introducir una coherencia en el relato”²⁵. Así las cosas, la tendencia de la historia política a concentrarse en eventos y personajes no puede separarse de la discusión sobre el tipo de fuentes a las que se podía acceder en el siglo XIX y del lugar que ellas tenían en la construcción de la explicación histórica.

En contraste con estas perspectivas, la escuela de los *Annales* intentará dejar atrás la historia política que se orienta a la construcción de una moraleja y/o a la reconstrucción de los grandes acontecimientos, y empezará a hacer especial énfasis en la llamada “historia social”²⁶. Las críticas que los fundadores de *Annales* hacían a la historia política no pasaban por alto las dificultades propias de su “objeto”. Así, por ejemplo, Marc Bloch señala: “Habría mucho que decir sobre la palabra «político». ¿Por qué debe tomársela como sinónimo de superficial? Acaso una Historia enteramente centrada, como es legítimo que lo esté, en la evolución de los modos de gobierno y en la suerte de los gobernados no está obligada a tratar de comprender desde adentro los hechos que ha elegido como su objeto de estudio?”²⁷. Los intereses de Bloch en torno a la necesidad de revisar la comprensión de la política fueron retomados por otros historiadores de la escuela, como Georges Duby, Maurice Agulhon e incluso Jacques LeGoff. Los trabajos de estos historiadores abordan la política pero desplazándola de la mirada centrada en personajes a la pregunta por el tipo de sociabilidad. Al comentar este punto, Burke señala que “el retorno al tema político producido en la tercera generación [de *Annales*] es una reacción contra Braudel... esa reacción está vinculada con un redescubrimiento de la importancia que tiene la acción frente a la estructura. También está vinculada con la percepción de la importancia de lo que los norteamericanos llaman cultura política, la importancia de las ideas y las mentalidades”²⁸.

²⁵ COLMENARES, Germán, “Sobre fuentes, temporalidades y escritura de la historia”, en *Ensayos sobre historiografía*, Bogotá, Tercer Mundo, Colciencias, Universidad del Valle, 1998, p. 75.

²⁶ La referencia aquí a la escuela de los *Annales* se utiliza como ejemplo y no pretende agotar el universo de las corrientes historiográficas. Así mismo, la razón de su elección viene dada por el influjo que tal escuela ha tenido en la producción historiográfica nacional y porque las apreciaciones que en este aparte desarrollamos sólo pueden referirse a las escuelas historiográficas que cuentan con cierta pretensión de cientificidad.

²⁷ LE GOFF, Jacques, “¿Es todavía la política el esqueleto de la historia?”, en *op. cit.*, p. 68.

²⁸ BURKE, Peter, *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales, 1929-1989*, Barcelona, Gedisa, 1993, p. 88

Jacques Le Goff desarrolla este problema sobre las transformaciones de la historia política en un texto intitulado “¿Es la política todavía el esqueleto de la historia?”²⁹. Allí el mismo autor pregunta: ¿cómo hacer la historia de los vínculos políticos, reconociendo que la política no es totalmente autónoma, pero también que no se explica como simple proyección de los conflictos estructurales: conflicto agrario, luchas entre capital y trabajo, entre otros? En ese sentido, es necesario partir de que la historia política, más que un asunto de personajes, es un esfuerzo por establecer el tipo y la forma de una red de relaciones entre distintos grupos sociales, y entre distintos procesos de la vida social tendiendo siempre a una interpretación totalizante.

A pesar de que la historiografía colombiana se ha estructurado en buena parte alrededor de las discusiones de la escuela de los *Annales*, en lo que respecta a la historia política, parecería que tales discusiones no han sido revisadas con detenimiento. El tipo de estudios que predomina en la historiografía política colombiana tiende a preocuparse por una serie de temas circunscritos a las preguntas por la historia constitucional, las ideas políticas, el Estado y sus instituciones, el bipartidismo, las fuerzas armadas y los regímenes políticos y periodos presidenciales³⁰. Igual de revelador con respecto a esta forma de entender la historia política es el comentario que hace Malcolm Deas al ensayo historiográfico citado. El primer punto que este autor discute es ¿qué es la historiografía política? No obstante, su pregunta no se dirige tanto a aquello que se entiende por política sino a aquello que se considera digno de ser historiografiado, es decir, “quienes sin ser historiadores profesionales o aún historiadores *amateur* tratan de imponer cierta forma al pasado político, o al menos entenderlo”.

Lo que interesa de este ensayo historiográfico, y del comentario respectivo, es que los márgenes de la crítica al tipo de historia política que se hace no permiten leer un debate fundamental: qué se entiende por política cuando se hace historia política. Parecería que los problemas del balance de Medina fueran la ausencia de algunas obras, los criterios de clasificación e incluso algunos vacíos temáticos que con urgencia deberían ser suplidos. Por el contrario, para los intereses de este texto lo que debe resaltarse, tanto en el balance como el comentario, es la existencia de un consenso en la forma de entender lo político: la configuración de una historia política cuyo objeto fundamental es el pasado de las instituciones del Estado, de los acontecimientos “políticamente” relevantes (guerras, conflictos interestatales y rivalidades entre caudillos) y de los presidentes y sus administraciones (de ahí que Deas mismo añore las memorias de un Carlos Lleras).

Sin desconocer que la formación de las instituciones estatales también es historia política, y que incluso habría que reforzar la historia de la política entendida como un oficio particular (historia de los políticos y de sus redes), es preciso insistir en que la política no se agota en el estudio de los aparatos del Estado. Por el contrario, estudiar históricamente la política implica preguntarse por sus bases sociales, por las luchas en torno a la definición del orden social y por el lugar que cada uno de los actores intenta darse en él. Así mismo, implica reconocer la

²⁹ LE GOFF, Jacques, “¿Es todavía la política el esqueleto de la historia?”, en *op. cit.*, p. 68.

³⁰ Esta caracterización se hace teniendo en cuenta el ensayo historiográfico elaborado por Medófilo Medina y se considera como representativo de aquello que se privilegia como político en la historia política. MEDINA, Medófilo, “La historiografía política del siglo XX en Colombia”, en TOVAR ZAMBRANO, Bernardo (compilador), *La historia al final del milenio*, Bogotá, Universidad Nacional, 1994. Es necesario señalar que aquí no se pretende desconocer el trabajo de autores como Germán Colmenares, Margarita Garrido, Martha Herrera, Diana Bonnett e inclusive Malcolm Deas (en su sugestivo ensayo sobre el poder y la gramática) entre otros, quienes, con sus trabajos, han contribuido a la reconceptualización de lo político en la historiografía colombiana.

coexistencia conflictiva de distintas formas de dominación y reparar en la solución⁵⁶ que distintos grupos sociales en diferentes épocas le han dado a la pregunta por el sentido de una vida juntos. La historia política debe pues reconocer que la vida social transcurre en distintos mundos de experiencia³¹ y que lo político se juega en las formas en las que nos hemos representado como sociedad, así como en los intentos que hemos elaborado para diferenciarnos.

6. consideración final

El hecho de que en la ciencia política tengan un lugar destacado las aproximaciones basadas en otras disciplinas ha puesto sobre el tapete la pregunta acerca del “núcleo” de la ciencia política. Aunque esta pregunta tiende a suponer un ideal de purismo disciplinar que resulta problemático, sí resulta conveniente recalcar que la inexistencia de “una” ciencia política tiene que ver con la dificultad de establecer el carácter y la forma que toma lo político en cada sociedad, en cada tiempo y en los distintos espacios de la vida social. Norbert Lechner³² se ha referido a este problema señalando que la definición de lo que es “política” forma parte de la lucha política y no de un ejercicio de elucidación o argumentación racional. No es por medio de la lógica formal, ni de un método científico centrado en la abstracción como se van a establecer los límites de lo político. Tal proceso tiene lugar en medio de luchas políticas en las que la “lógica formal” y el “pensamiento racional” coexisten conflictivamente con distintas formas de pensamiento y tipos de práctica social.

Algunos sociólogos, como Pierre Bourdieu y Norbert Elías³³, han llamado la atención sobre el hecho de que el análisis de la política no puede quedarse atrapado en los modelos mecánicos y racionalistas de la vida social. Ambos insisten en la centralidad de la “práctica” y de las “experiencias” en la construcción del mundo político. Ambos están interesados en la acumulación de conocimiento, pero insisten en la necesidad de diferenciar nuestros métodos de trabajo de los supuestos sobre aquello que pretendemos encontrar en la sociedad. Para decirlo con más claridad, es el investigador el que procede con una pretensión de cientificidad, siguiendo procedimientos de constatación y verificación, estableciendo cadenas causales, revisando permanentemente la naturaleza de las explicaciones a las que apela, examinando la interrelación entre fenómenos diversos, estableciendo relaciones que no son inmediatas para la percepción, entre otras prácticas. Lo central aquí es que el investigador pretende seguir un método racional pero no puede suponer que el orden social está organizado de esa manera. Atendiendo a esto, en el estudio de la política puede identificarse la necesidad de diseñar métodos de investigación que no estén centrados en el hombre como un ser racional y en el proceso de construcción de conocimiento como una actividad solipsista y abstracta.

Esta discusión, promovida por algunos sociólogos interesados en la política y en el Estado, no ha tenido mayores efectos en la ciencia política y en el conjunto de las ciencias sociales en general. Desde la sociología del conocimiento se han mostrado los múltiples problemas de la

³¹ ALONSO, Ana María, “The politics of space, time and substance: state formation, Nationalism, and Ethnicity”, en *Annual Review of Anthropologist*, Volumen 23, Número 1, 1994; y CALHOUN, Craig, “Nationalism and the contradictions of Modernity”, en *Berkeley Journal of sociology*, Volumen 42, 1997-1998.

³² LECHNER, Norbert, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Madrid, Editorial Siglo XXI, 1986.

³³ BOURDIEU, Pierre, WACQUANT, *Loic, *op. cit.*; ELIAS, Norbert, *Compromiso y distanciamiento*, Barcelona, Editorial Península, 1990; y *Sociología Fundamental*, Barcelona, Gedisa, 1992.

elección racional como apuesta metodológica para trabajar ciertos temas. Sin embargo³⁶, eso no se ha traducido en una discusión más amplia y un grupo importante de científicos sociales continúan esperando que el mundo se comporte “lógica” y racionalmente. En este punto se ha discutido el impacto que la matemática y la lógica formal tienen en la construcción de los modelos de análisis social. Bourdieu ha denunciado con fuerza que los procesos de formalización que están pendientes en las ciencias sociales no tienen por qué acoger procedimientos y técnicas que niegan la experiencia y la inducción. Para nuestros propósitos esta discusión resulta significativa por cuanto algo similar tiene lugar en la historia.

Algunos historiadores británicos marxistas, y entre ellos Edward Palmer Thompson, se han ocupado de discutir el estatuto epistemológico del conocimiento histórico, la especificidad de su método y los marcados contrastes con el modelo estándar de producción de conocimiento hecho célebre por los filósofos. Este autor es enfático a la hora de indicar que la historia tiene un método distintivo que le permite interpelar a las ciencias sociales y construir un tipo específico de conocimiento atento a los procesos, a los cambios, a la experiencia y a lo que muda. Esto, en claro contraste con el conocimiento de estructuras y de objetos en reposo que tiende a predominar en las ciencias sociales³⁴.

Para los propósitos del artículo resulta revelador que tanto el conocimiento histórico como el estudio de la política exijan el desarrollo de unos métodos específicos desde los cuales se puedan capturar algunos fenómenos sociales que aparecen como contingentes, azarosos, en últimas, como inaprehensibles. Así, la reflexión sobre los vínculos entre historia y ciencia política es sobre todo una discusión sobre cómo se concibe el orden social, cómo se imaginan y reproducen las relaciones sociales en distintos mundos de experiencia y en distintos tiempos y, especialmente, sobre cómo se piensa que se pueden estudiar tales fenómenos. De ahí que podamos concluir señalando que las relaciones entre ciencia política e historia no se desprenden de un modelo analítico y de un ejercicio deductivo, sino, más bien, del riesgo que se corre al enfrentar nuevas formas de producir conocimiento.

³⁴ THOMPSON, Edward, *Miseria de la teoría*, Barcelona, Editorial Crítica, 1981.